



HISTORIA DE FRANCIA—REINADO DE LUIS XI.

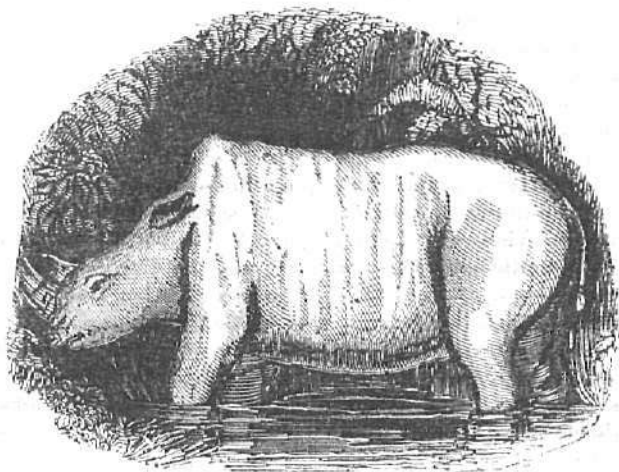
LA historia de todas las naciones presenta con mas ó menos frecuencia una página funesta en el reinado de algunos príncipes que parecen haber subido al trono para dar á los pueblos una dura leccion, enseñándoles hasta qué punto de miseria y degradacion los conduce el olvido de sus propios derechos y soberanía, y la sumisa condescendencia con que se dejan avasallar por un individuo que abusando del poder y autoridad que le fué confiada tan solo para que pudiese labrar con ellos el bienestar de los pueblos, es por consiguiente indigno de la exaltada posicion que ocupa, y debiera ser arrojado de ella ignominiosamente. Tal fué Luis XI de Francia. Su padre, Carlos VII, fué infeliz como padre y como hijo. Habiendo nacido de Isabela de Baviera, fué aborrecido y detestado por esta madrastra, quien si hubiera podido hasta le habria despojado del reino; y así no puede culpársele por la indiferencia con que miró la muerte de una mujer acompañada hasta el sepulcro del público desprecio y odio. Fué infeliz como padre, pues su hijo no le proporcionó jamás sino amarguras y sinsabores, situacion fatal para un padre: pero lo mas horrible para este príncipe fué creer, y probablemente no sin fundamento, que su hijo pretendia darle veneno; y tan profundamente ocupaba esta persuasion su espíritu, que de miedo reusó comer durante muchos dias. Cuando vencido de las instancias de sus domésticos consintió en tomar algun alimento, ya fué tarde, porque el estómago no podia ejercer sus funciones, y así murió á los sesenta años, en el de 1461.

Luis XI que habia llenado de amargura los últimos años de su padre, aunque acostumbrado á disimular, no pudo ocultar el contento cuando supo la muerte del rey. Bajo pretexto de temer alguna violencia por parte de este, habia salido del reino, y refugiándose á la corte de Felipe duque

de Borgoña, pero en realidad Carlos VII tenia mas justo motivo para recelar de él. Regresó pues á Francia, y se dirigió á Reims á donde se hizo consagrar. Celebróse esta ceremonia con toda la pompa y magnificencia acostumbrada en semejantes casos, particularmente en aquellos tiempos en que se daba tanta importancia á las demostraciones exteriores de magestad y grandeza. Acompañaban al nuevo rey, Felipe *el Bueno* duque de Borgoña, el hijo de este, conocido despues con el nombre de Carlos *el Temerario*, los duques de Borbon, Cleves, y una multitud de nobles y caballeros. Hallábanse ademas presentes doce pares ó grandes del reino, el cardenal de Constancia, el patriarca de Antioquia, un legado del papa, cuatro arzobispos, diez y siete obispos y seis abades mitrados. Despues de haber sido coronado el rey por el arzobispo de Reims, se hincó de rodillas delante del duque de Borgoña, y desenvainando la espada se la dió suplicándole le armase caballero, circunstancia que causó alguna extrañeza en los circunstantes, pues hasta entonces se habia considerado que los hijos de los reyes de Francia eran creados caballeros en la pila del bautismo. Sin embargo el duque de Borgoña, obedeciendo el mandato del rey, le dió el espaldarazo, y con su propia mano le armó caballero, así como á cinco ó seis grandes de los presentes: pidió despues Luis al duque que hiciese lo mismo con todos los que en aquella ocasion deseasen entrar en la órden de la caballeria; lo cual ejecutó este, hasta que ya fatigado delegó á otro caballero su mision. Dícese que aquel día fueron creados mas de doscientos caballeros lo cual contribuyó á dar novedad y lucimiento á la ceremonia de la coronacion.

Luis XI disfrutó en su tiempo de la reputacion de profundo político, pero es tan equívoca la significacion de esta voz, que no es fácil fijarla á idea

EL RINOCERONTE.



RINOCERONTE BICORNIO.

En el tomo I, de *EL INSTRUCTOR*, pag. 305, se hizo una descripción del rinoceronte *unicornio*, manifestando por extenso su apariencia exterior y su anatomía ó estructura interna. El que representa hoy nuestro grabado es el *bicornio* que se cria en Africa, y difiere bastante en su conformación del *unicornio* asiático, como puede verse comparando las representaciones pictóricas de ambos, tomadas una y otra del animal vivo. La historia natural del rinoceronte es acaso menos conocida que la de ningún otro cuadrúpedo. De su apariencia y anatomía nos hallamos instruidos, pero de sus hábitos, sus facultades y otros puntos interesantes se ha podido investigar muy poco. Las impenetrables malezas en que principalmente reside este animal, su extraordinaria ferocidad, su cota de malla casi invulnerable, y la actividad de sus movimientos que no solo son mas rápidos que los del elefante, sino que van acompañados de una vivacidad de la cual no dá ciertamente idea su apariencia exterior, son todas circunstancias que oponen obstáculos formidables á un conocimiento íntimo con él en su estado silvestre. Refiriéndonos al artículo citado anteriormente respecto á su conformación y apariencia exterior, nos limitaremos hoy á hacer algunas observaciones ilustrativas de sus hábitos y carácter. El rinoceronte es un enemigo declarado de los elefantes; atácalos donde quiera que los encuentra solos y aun juntos cuando no se hallan bajo la protección de algún fuerte elefante macho, lacerándolos sin piedad, y confiando en su piel impenetrable para defenderse de los débiles ataques de las hembras y de los colmillos de los machos jóvenes.

La piel del rinoceronte es muy estimada y algunas veces se vende á un precio muy subido. Su valor depende de su espesor y su claridad despues de haberla limpiado de las membranas carnosas en su parte interior, como asimismo del grado de pulimento que toma. La parte que cubre las paletillas es la mas apreciada: su dureza es tal

que un escudo ó rodela hecho de esta piel resiste á una bala de plomo que generalmente se aplasta sobre ella como cuando es disparada sobre una piedra. Una bala de fusil hecha de hierro la penetra en general, y esta es la que usan invariablemente los que por oficio se ocupan en cazar al rinoceronte para vender la piel y sebo de este animal; los naturales de aquellos puntos del Asia donde se cria el rinoceronte, consideran su sebo como remedio infalible para curar la inchazon y anquilosis ó entorpecimiento de las articulaciones. Si todas las rodelas y toda la grasa que venden fuesen genuinas, hace ya tiempo que deberia haber sido extirpada la raza entera de los rinocerontes.

El tigre ataca frecuentemente á los animales de que intenta hacer presa en los arroyos donde sabe van á beber, poniéndose allí en acecho hasta que llegan, y algunas veces suele acometer al rinoceronte, pero comunmente paga con la vida su temeridad, pues ni sus fuertes uñas ni sus dientes pueden hacer mella alguna en la impenetrable coraza de su antagonista al paso que este con su formidable cuerno lo desgarrá sin piedad.

El elefante es el único animal que puede competir con el rinoceronte, pero lejos de ser superior á él tiene frecuentemente que recurrir á medidas defensivas: las hembras rara vez se atreven á hacerle frente, excepto cuando tienen hijos que defender, en cuyo caso no solo lo arrostran intrépidamente sino que lo combaten con éxito: tal es la fuerza del amor maternal con que ha dotado la naturaleza á todos los animales! Se le ha visto matar á un caballo de un solo golpe, el cual no solo atravesó la silla de montar y almohadillas, sino que penetró en las costillas del animal produciendo una herida por la cual cabia la mano de un hombre.

Para cazar al rinoceronte, los cazadores indígenas van armados de mosquetes ó fusiles de mecha de gran tamaño que calzan balas de dos

ó tres onzas de peso: estos mosquetes son demasiado pesados para dispararlos á pulso, por lo que usan siempre de un punto de apoyo para hacer fuego. Al fuerte ímpetu de tan ponderosas balas tiene que ceder aun la fuertísima piel del rinoceronte, aunque frecuentemente despues de haber recibido dos ó tres balazos tarda aun mucho en caer. Cuando siente la bala se pone furioso, brama, pateo y se abalanza á cualquier objeto que vé delante de sí: el cauto cazador aguarda con paciencia á que expire, conociendo bien que mientras quede en él un rastro de vida sería la mayor imprudencia acercarse al moribundo monstruo. Emplean generalmente bueyes para arrastrar el cuerpo, pues los caballos y los elefantes tienen tal horror de un rinoceronte muerto que es casi imposible inducirlos á que se acerquen á él. Los elefantes domesticados por largo tiempo y que probablemente han olvidado en parte á su antiguo enemigo, no manifiestan en general un temor tan extremado, aunque cuando se aventuran á acercarse lo hacen siempre con visible repugnancia.

LA CASA A LA ANTIGUA.

"Ne genez paz, je vous en donne avis
Tant vos enfans, ó vous, pères et mères,
Tant vos moitiés, vous époux et maris,
C'est où l'amour fait le mieux ses affaires."

LA FONTAINE.

Muy distinto era el asunto que me proponia tratar en mi artículo de esta semana; pero al prepararme á ello hallé sobre mi bufete una carta que me hizo variar de idea. Firmábala don Perpetuo Antañon, sugeto para mí desconocido, aunque sus circunstancias me parecieron tan notables, que desde luego me propuse ponerlas en conocimiento de mis lectores. Cavilando largo rato sobre el modo de hacerlo con mayor efecto, no hay que decir que corté varias plumas, tracé algunas líneas, las borré luego, cambié muchas veces de papel, y me rasqué no pocas las orejas y la frente; pero todo en vano, pues nada de lo que escribia llenaba mis deseos; hasta que volviendo á leer la carta, me ocurrió la feliz idea de que en vano intentaría yo prestar á mi pintura aquel colorido fiel y sencillo que la da el pincel del propio interesado, y en su consecuencia nada podrian agradecerme tanto mis lectores como recibir de mis manos el mismo bosquejo original. Lo cual diciendo, tuve por bien salir de mis apuros sin otro trabajo que el de trasladar literalmente dicha carta, y héla aqui punto por coma.

"Señor curioso: usted es el mismísimo diablo cojuelo, y aun mas, pues sin el ingenioso espediente de alzar los techos de las casas, ni hacernos volar por los aires, como aquel al licenciado don Cleofás, nos pone usted de manifiesto aquellas escenas que pasan de puertas adentro de nuestras casas, y cuya observación se escapa á la mayor parte de los

testigos. Esta pintura desdeñada por el historiador, y exagerada en pro ú en contra por viajeros y poetas satíricos, es tanto mas importante, cuanto que nos ofrece un espejo fiel en que mirar nuestras inclinaciones, nuestros placeres, y tambien nuestras virtudes, nuestros defectos y ridiculeces (pues desde luego convengo con usted en que los crímenes no entran en su benévola inspeccion), y puede ofrecernos mas modelos que seguir y mas escollos que evitar que la misma historia, por aquella razon de que hay mas Juanes ó Mengas que Titos y Diocleciános, y que la mayor parte de los hechos y dichos de los varones célebres de Plutarco parecerian ridículos en un mercader de la calle de Postas.

"Pero supuesta la necesidad de esta moral linterna mágica, y supuesta tambien la dificultad de iluminarla de modo que todos la veamos, no puede menos de asaltarme la duda de que usted tenga á sus órdenes algun espíritu foletto para comunicarle los sucesos con la verdad con que los describe, como si á un mismo tiempo fuera jóven, viejo, elegante, pelucon, padre, amante, galan, cortejo ó pretendiente. Esta consideracion, que me ha ocupado tres noches de desvelo, me ha hecho temer que el dicho malandrin al comunicarle la noticia de mi desman, la tuerza y desfigure tal vez en menos pro de mi buena fama, y por si asi sucediere, quiero yo mismo ser fiel coronista de ella y describírsela á usted, á fin de que haga despues el uso que crea conveniente.

"Para mayor inteligencia de mi discurso empezaré por decir á usted que aqui donde no me vé soy un antiguo comerciante, que habiendo debido á la divina Providencia y á cuarenta años de trabajo un capital respetable, fruto no de quebras fraudulentas ni especulaciones ilícitas, sino de una honradez y buena fé nunca desmentidas, resolví labrá cinco años retirarme de los negocios, y vivir tranquilo en mi casa con aquella uniformidad y dulzura á que me inclinaba ya el conocimiento del mundo. No le negaré á usted que la causa principal de mi retiro fué sin duda la continuada reflexion sobre los vicios que la miseria parece haber puesto á la moda; observé la mala fé de los diestros estafadores; vi la hipocresía de los falsos amigos; adiviné el interés de los bajos aduladores; y conocí, en fin, la delicada posicion de un hombre de bien en medio de las asechanzas que le rodean; y sea esta conviccion, ó mi natural deseo del descanso, ello fue que desde entonces me cerré herméticamente en mi casa con la sola compañía de mi esposa, una hija niña y dos antiguos criados de conciencia experimentada.

"Confesaré á usted que el edificio que ocupo en un barrio lejano es de los mas antiguos de Madrid, y que su aspecto sombrío, sus balcones de gran vuelo, la enorme ala del tejado, y toda su esterioridad, estan denunciando á los transeuntes su fecha de tres siglos: convengo tambien en que el interior no es de mas moderna invencion, que no reina en él la economía presente, que las pinturas son antiguas, los techos envigados y de una altura desmesurada; las puertas colosales, los vidrios pe-